

Acaba de dejarnos un ser impar, una personalidad única y arrolladora, que incluso en sus momentos peores (pues tenía momentos buenos y malos) no dejaba de tener gracia y simpatía. Víctor María Cortezo, pintor, escenógrafo, figurinista, ilustrador, autor de libros gráficos y también, a su modo, poeta.

Por Luis Escobar

[...] Toda la vida de Vitín ha sido un continuo invento. Se adelantó siempre a las modas. Previó los nuevos estilos, los movimientos juveniles. Bohemio impenitente, puede decirse que fue *hippie* veinte años antes que los *hippies*, aun cuando su natural buen gusto y su dignidad heredada le salvaran de la cochambre física.

Muy joven expuso en el salón del *Heraldo de Madrid* una colección de cuadros que llamó la atención del mundo intelectual. Después, un buen día, se marchó de su casa. Durante varios años vivió en distintas partes de Europa. Pasó el sarampión de París. Otro día del año 35 volvió sin previo aviso a su Madrid y a su familia, a la que adoraba. Y ya apenas volvió a salir de España. Pasó la guerra civil como pudo, ayudado por sus muchos amigos. [...]



Al terminar la guerra empieza la que había de ser para su

tormento y delicia parte fundamental de su vida: su trabajo en el teatro. En esa primavera o los primeros días del verano de 1939 hace el decorado y los figurines de *La cena del rey Baltasar*, que representó en el Paseo de las Estatuas del Retiro el incipiente Teatro Nacional. Después, en el María Guerrero, fue uno de los escenógrafos que trabajaron más. Recuerdo como verdaderos aciertos suyos *Los endemoniados*, de Enrique Suárez de Deza, y *Crimen y castigo*, en la adaptación de José Javier Aleixandre. [...]

Pero la personalidad de Vitín trascendía aún del marco de su oficio, con ser este muy ancho. Su ingenio, y lo que pudiéramos llamar sus "despachaderas", le convirtieron en una de las personalidades célebres de Madrid. Sus frases eran repetidas y sus desplantes reídos y comentados. Era uno de los personajes característicos de "la noche madrileña". Era lo que los franceses definen con una frase: "Un enfant terrible".

*Enfant*, niño, nunca dejó de serlo del todo. Era menudo y siempre conservó un aspecto infantil. El nombre de Vitín le iba como anillo al dedo y a él nunca le disgustó este diminutivo confianzudo y sencillo; al contrario, pese a su categoría, a su cultura, a su talento, él se sentía y quería ser Vitín y como tal procedía. [...]

Los años no cuentan. Él ha vivido y ha muerto joven. En todo caso, no hubiera hecho un buen viejo y a él le horrorizaba la vejez. Es posible que en los últimos tiempos esta idea le nimbara ratos de melancolía. Creo que prefería cien veces la muerte.

Por eso ahora me gustaría poder decirle: "No te preocupes, Vitín; nunca serás viejo".

